

La órden de Hernan Cortés causó una sensacion profunda en sus partidarios y aun en muchos de los que poco antes habian manifestado deseos de volver á Cuba. Los primeros veian desvanecerse las lisonjeras esperanzas de gloria y de riquezas, que bajo su acertada direccion habian soñado alcanzar. Los segundos, por ese capricho comun á los hombres, sentian que se les hubiese concedido lo que solicitaron, cuando acaso, permaneciendo un poco mas en el rico país en que se hallaban, hubieran logrado aumentar fabulosamente sus bienes de fortuna.

Los amigos de Cortés le piden que no abandone la empresa. Los adictos á Cortés clamaron en alta voz contra la providencia dictada, atrayendo á su opinion á no pocos de los mismos que se habian manifestado contrarios, y se dirigieron en tropel á la tienda del general, pidiendo que revocase la órden que habia publicado. «Abandonamos la isla de Cuba—le dijeron—porque se nos aseguró que veníamos á formar una colonia, y ahora decís que no estais autorizado por Diego Velazquez para hacerlo. Pero sobre el deber de acatar las instrucciones del gobernador, están el servicio de Dios y el de nuestro soberano. El interés de la sana doctrina del Evangelio y el empeño del augusto monarca Carlos V, en que se extienda, exigen que no se abandone esta tierra de la que tomásteis posesion en nombre de S. M., y que de ninguna manera son propiedad de Velazquez. Os conjuramos, pues, en nombre de Dios y del rey, á que establezcáis una colonia que vele por los intereses sagrados enunciados, y que renunciéis á volver á Cuba, cuando la Providencia parece mas que nunca empeñada en favorecernos. Si insistís en regresar,—terminaron diciendo,—

protestaremos contra esa determinacion, á todas luces inconveniente para la propagacion del cristianismo y para los intereses de nuestro soberano».

Cortés resuelve continuar la empresa con los que quieran seguirle. Escuchó Hernan Cortés la manifestacion con grata sorpresa, pues á la satisfaccion natural que debe producir en el corazon del hombre las señales de adhesion de sus compañeros, se agregaba la de no abandonar una empresa que habia sido y era el bello ideal de su existencia. Sin embargo, queriendo subordinar sus acciones á lo que la prudencia dictara, suplicó modestamente que se le permitiese deliberar friamente, y prometió que al siguiente dia manifestaria su resolucion. Llegado el instante señalado, Cortés se presentó ante sus oficiales y soldados con la finura y agradables modales que le distinguian. Despues de saludarles afectuosamente, les dijo que, «si habia dado órden de volver á Cuba, habia sido porque creyó entender que el ejército lo deseaba; que su resolucion no fué dictada por su deseo, sino juzgando obsequiar la voluntad de los que le seguian. Para mí—añadió—la empresa que hemos acometido y en la cual he gastado toda mi fortuna, tiene un encanto irresistible. En ella veo el servicio de Dios y el del soberano. Si, pues, me resolvía á abandonar la tierra, cuando imaginé que los soldados lo deseaban, con mayor placer admitiré el continuar en ella, al ver que el anhelo de todos se encuentra de acuerdo con el mio».

Despues de pintar con brillante colorido los buenos resultados que esperaba de la formacion de una colonia en aquellos ricos países, concluyó diciendo que no trataba de violentar la voluntad de nadie; que, en consecuencia, po-

dian los que quisieran volverse á Cuba, decirlo sin temor para disponer los buques necesarios que les condujesen, pues no queria comprometer á nadie á que siguiese su fortuna que, segun esperaba de Dios, seria próspera.

El discurso de Cortés fué acogido con ardiente entusiasmo por sus soldados. Ni aun los mas adictos á Velazquez se atrevieron á formular, por entonces, la menor indicacion en contrario.

Plan de una colonia. Se forma un Ayuntamiento. Aceptado por Hernan Cortés el cargo de formar una poblacion, su primer cuidado fué establecer un Ayuntamiento. Eligió para alcalde al caballero Alonso Hernandez Portocarrero, íntimo amigo suyo, y á Francisco de Montejo, acérrimo partidario de Velazquez y uno de los que mas habian instado á los descontentos para volverse á Cuba. Golpe acertado de política con que logró conquistar la adhesion de un contrario colocándole en un distinguido lugar, á la vez que premiar la lealtad de un buen amigo. Los regidores, tesoro, secretario, alguacil mayor y otros funcionarios, fueron escogidos tambien entre sus adictos. Todos prestaron el juramento de costumbre al hacerse cargo de la mision con que habian sido distinguidos, y la modesta ciudad recibió el nombre de la *Villa-Rica de la Vera-Cruz*, en memoria de los tesoros allí recogidos y por haberse verificado el desembarco el Viernes Santo, como queda referido.

Cortés hace entrega del mando al Ayuntamiento. Hernan Cortés se presentó ante la respetable corporacion con el respeto que dictaba el deber, y poniendo sobre la mesa el nombramiento que habia recibido de Velazquez, dijo: «que su autoridad habia fenecido desde aquel momento, resi-

diendo toda en el digno Ayuntamiento». Dichas estas palabras, se retiró, haciendo una cortesía de respeto.

El consejo, despues de haber deliberado detenidamente, hizo que le llamasen. Hernan Cortés entró á saber lo dispuesto por la corporacion.

El Ayuntamiento nombra á Cortés capitán general. Tomando entonces la palabra uno de los alcaldes, le dijo: «que despues de un detenido exámen, el Consejo no habia encontrado una persona mas digna ni mas propia que él para tomar á su cargo los intereses de la comunidad, ya fuese en la paz, ya en la guerra; que en consecuencia, quedaba nombrado unánimemente, en nombre de sus altezas católicas, capitán general y justicia mayor de la villa». Además se le señaló el quinto del oro y plata de lo que se adquiriese, así por el comercio como por la conquista, despues de separado el quinto correspondiente á la corona. Con este acto quedó revestido Cortés de la suprema jurisdiccion civil y militar, sin que su autoridad derivase ya del nombramiento de Velazquez. Cuando emanaba su mando del gobernador de Cuba, estaba expuesto á que se revocase aquél, quedando sin legitimo título para hacerse obedecer; pero emanando ya del cuerpo municipal, solo el rey podia privarle de la autoridad con que habia sido investido. La importancia de los cuerpos municipales en España era entonces notable. Los soberanos, como he dicho en anteriores páginas, habian dado á las corporaciones municipales un poder bastante lato, con el fin de buscar en ellos un sólido apoyo contra las demasías de la nobleza. Gozaban de notable independencian en sus operaciones, y sus determinaciones en los asuntos que eran de su resorte, se res-

petaban: nombraban libremente las personas que los componian; levantaban tropas que marchaban á la guerra bajo su propia bandera, y arreglaban sus gastos de la manera que juzgaban más conveniente. Los reyes de España habian tenido el mayor empeño en dar respetabilidad á las tropas creadas por los cuerpos municipales. Cuando Isabel la Católica, acompañada de lo mas selecto de la corte, se presentó á su ejército que sitiaba á Moclin, y pasaba por delante de sus tropas que se colocaron en formacion para recibirla, saludó respetuosamente la bandera de Sevilla que llevaba el alférez real, conde de Cifuentes.

La primera eleccion hecha en la Nueva España, nombrando el hombre que debia ejercer el mando, fué debida á las instituciones liberales que disfrutaban desde hacia mucho tiempo los españoles. Hernan Cortés, por la manera con que habian sido conducidas las cosas, no era el jefe levantado por los soldados de Velazquez, sino por la milicia veracruzana, que se disponia á realizar la conquista de Méjico: era el capitan de la milicia del vecindario, que la formaban los soldados mismos que constituian el pueblo de la moderna villa, y por lo mismo independiente, en un todo, de la autoridad del gobernador de Cuba.

Los hechos referidos que cambiaron completamente la posicion de Cortés, invistiéndole con un poder propio, se efectuaron con una rapidez asombrosa. Los partidarios de Velazquez, que habian enmudecido y aun parecian haber estado satisfechos de la manifestacion hecha á Cortés para que desistiese de su vuelta á Cuba, se manifestaron disgustados al ver el supremo poder con que habia sido investido. Aunque no tenian plan combinado de oposicion,

manifestaban abiertamente su disgusto, diciendo, sin reserva ninguna, que todo lo efectuado era indigno y abusivo, pues no habia sido otra cosa que una conspiracion contra Velazquez. Envueltas en las acusaciones y oprobiosas invectivas contra Cortés, iban tambien palabras ofensivas hácia los soldados que le eran adictos, que eran contestadas con otras no menos incisivas. El asunto empezó á tomar un color serio que hacia temer que recurriesen á las armas. Los principales promotores del descontento contra lo verificado, fueron Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador, Escobar, que habia sido paje del mismo, Pedro Escudero, muy adicto suyo, y Diego de Ordaz, que siempre se mostró celoso de los intereses de Velazquez. Hernan Cortés comprendió que para cortar de raíz el mal, era preciso atacarlo en la cabeza, y haciendo uso de su autoridad, logró, por uno de esos golpes decisivos que él sabia dar oportunamente, llevarles presos á los buques, donde se les puso grillos. Esta audaz providencia, ejecutada con asombrosa prontitud en los caballeros mas notables del partido de Velazquez, disipó la tormenta, y la calma y la armonía brillaron en el campamento.

Cortés, para acabar de afianzar el orden y separar las causas que pudieran producir nuevos disturbios, trató de tener ocupada á la gente adicta al gobernador de Cuba. La ciudad, desde la actitud hostil tomada por el emperador de Méjico, carecia de aves, de maíz y de toda clase de hortaliza. Cortés dispuso enviar á su leal amigo Pedro de Alvarado á los pueblos inmediatos, con alguna fuerza, para que condujese á la ciudad los víveres que encontrase, pero encargándole que no hiciese daño en

lo mas mínimo á los habitantes. Con efecto, al siguiente dia se puso en camino para el interior el valiente capitán con cien soldados, la mayor parte de los de la parcialidad de Velazquez, entre ellos quince ballesteros y seis arcabuceros.

Entre tanto Cortés, con el fino tacto que le distinguia, procuró ganar la voluntad de los que juzgaba desafectos, pero sin darse por entendido de que les creia contrarios. Su buen trato, las esperanzas que les hizo concebir de que el resultado de la empresa que se habia acometido seria provechosa para todos, y sobre todo la buena disposicion que manifestaba de dejar volver á Cuba libremente á los que no quisieran seguirle, acabaron por conquistarle las simpatías de los desafectos.

La confianza y el contento se aumentaron al ver volver al campamento á Pedro de Alvarado con abundantes provisiones de maíz, de gallinas, de frutas y de diversas semillas. La excursion se hizo por un país abundante, sin encontrar obstáculo, por entre poblaciones abandonadas, es cierto, por sus habitantes, pero provistas de víveres que bastarian para satisfacer las necesidades del ejército. La descripcion que Pedro de Alvarado y los que le habian acompañado hicieron del país que habian recorrido, acabó de decidir en favor de Hernán Cortés á los amigos de Velazquez, reinando desde aquel momento una fraternidad estrecha entre los dos partidos que se habian manifestado rivales. La reconciliacion fué sincera; y los soldados, olvidando anteriores rencillas, se abrazaban y se daban el parabien de tener por jefe un hombre cuyas relevantes cualidades les conducirian á la gloria y á la ad-

quisicion de incalculables riquezas. Aun los osados caballeros Velazquez de Leon, Diego de Ordaz, Escobar y Pedro Escudero que habian sido llevados presos á bordo de los buques, no pudieron resistir á las razones que Cortés les expuso, visitándoles con frecuencia como leal amigo, y cautivados de la sinceridad y patriotismo que encontraban en sus palabras, se adhirieron lealmente al gobierno establecido. Asombra el ascendiente que aquel hombre extraordinario sabia ganar sobre los individuos que se hallaban en contacto con él; pero lo mas notable es que aquellos atrevidos hidalgos, á quienes redujo á prision, cargándoles de grillos, vinieron á ser en adelante sus mas constantes y fieles amigos.

Reconocido Cortés como jefe elegido legítimamente por una corporacion respetable, y habiendo logrado atraer con su ascendiente la adhesion de los espíritus turbulentos, resolvió seguir adelante, sin temor ya de la desaprobacion ni las iras de Velazquez, puesto que solo el soberano podia ya destituirle del mando que ejercia por eleccion del cuerpo municipal de Veracruz. Con el nombramiento recibido del consejo, estaba libre de que nadie pudiera acusarle de usurpacion, ni de que se traslimitaba de las facultades legítimas, puesto que la responsabilidad era evidentemente de los individuos que le habian concedido el poder de obrar de la manera que mas conveniente juzgase á los intereses de la corona. Pero aun habia otra cosa que concurría á dar una solidez prodigiosa á las determinaciones que tomase en lo sucesivo. Con el paso dado, se encontraban ligadas de una manera indisoluble las fortunas de todos y unificadas las voluntades. La

poblacion entera acababa de unir su suerte á la de Cortés, y precisada se veia á sostener al hombre de cuyo bien resultaria el de la comunidad.

Cortés, contento de la armonía que reinaba en el corto ejército, resolvió marchar inmediatamente á Cempoala. Los informes que le habian dado los cinco enviados por el cacique de la provincia, manifestándole la opresion que ejercia sobre ellos el emperador de Méjico, cuyo yugo anhelaban sacudir, le hicieron concebir, como he dicho, grandes esperanzas para su empresa. El genio penetrante de que estaba dotado, le hizo comprender en el momento la alta importancia que tenian las noticias comunicadas. Estas le alzaron el velo que ocultaba el estado interior del país, y descubrió, con su ojo penetrante y analizador, que el poderoso imperio que de pronto se presentó á su vista robusto y armipotente, encerraba dentro de sí los poderosos elementos de su ruina. Imaginó que el deslumbrante trono azteca, que se levantaba sobre la sumision de los pueblos conquistados, podia derrumbarse fácilmente prestando apoyo á los oprimidos, y que el país conquistador que tenia reducidas á la dura condicion de tributarias á las demás naciones del Anáhuac, podia ser conquistado con los recursos sacados del mismo país.

El pensamiento de la conquista vino á fijarse desde aquel instante en la mente de Cortés, y ya no acarició otra idea que la de realizar su bella concepcion. El primer paso para empezar á desarrollar su plan, fué visitar al señor de Cempoala, que le brindaba con su alianza; plan que, á medida que fué adquiriendo mayores conocimientos del estado que guardaba el país, perfeccionó,

empleando en la ejecucion de él, con acierto admirable, los mas seductores artificios y resortes de una diestra política.

Marcha  
el ejército á  
Cempoala.

Unidos ya en interés comun todos los soldados, oficiales y el jefe que les mandaba, Cortés ordenó que se pasase la artillería á bordo de los bajeles, y que la escuadrilla se dirigiera, costeando por el Norte, hasta *Chiahuitzla*, poblacion próxima al sitio en que se hallaba el puerto que se habia dispuesto convertir en ciudad (1). Mientras los bajeles, con los marineros y algunos soldados, emprendieron su marcha hacia el puerto de Chiahuitzla, Hernan Cortés, con la mayor parte del ejército, lo hizo por tierra á Cempoala. Por espacio de algunas millas, los soldados caminaron sobre las áridas y arenosas llanuras que se extienden como inmensa alfombra abrasada por los rayos del sol, desde las puertas de la comercial ciudad de Veracruz hasta desaparecer á prolongada distancia. Ni un árbol, ni un arbusto, se encontraba en aquel desierto arenal. La marcha era penosa, por el calor sofocante y por lo movible del terreno en que se iban enterrando los piés. La vegetacion estaba desterrada de cuanto la vista acertaba á alcanzar, y solamente hacia menos insoportable la monotonía del vasto desierto que recorrian, la presencia del tranquilo mar que enviaba de vez en cuando sus suaves brisas refrescando los abrasados rostros de los expedicionarios, y la magnífica y elevada cima del gigante volcan de Orizaba, que levantándose á la inmensa altura de diez

(1) Bernal Diaz, escribiendo los nombres como sonaban á su oido, le llama *Quiahuitlan*, y Solís y Robertson *Quiabislan*.